

En aquellos tiempos era el trenet, y no el tram. Esperábamos impacientes a que bajara lentamente la barrera de protección de la vía, acompañada de un sonido agudo e intermitente... Entonces, pasaba raudo y veloz, casi siempre medio vacío, el destartalado tren.

Luego eran las ovejas y las cabras. Rara vez no nos topábamos con un gran rebaño, que por supuesto tenía prioridad de paso, así que otra vez a esperar. Escuchar sus balidos y encontrar sus excrementos en forma de bolitas negras era lo habitual.

Llegar al campo era toda una aventura, a penas a media hora de Alicante, pero tan cerca y tan lejos.

En nuestra parcela crecía libremente el regaliz de palo, un grupo de palmeras datileras y algún que otro olivo desperdigado. Aunque parezca increíble, si movías un poco la tierra podías encontrar conchas del mar, reliquias de un tiempo pasado cuando el Mediterráneo bañaba el lugar.

Una línea de alta tensión atravesaba la parcela por la mitad. Para los ojos de un niño, las torres metálicas eran gigantes y el cartel de no tocar peligro de muerte, una orden que no pensábamos desobedecer.

La casa en su origen era muy sencilla, básicamente una pastilla rectangular de bloque de hormigón encalado y techo de uralita. Le llamábamos cariñosamente “el chamizo”. Más tarde se añadieron dos alas perpendiculares en los extremos y una gran cubierta de teja. En el porche hacíamos prácticamente la vida, era el lugar perfecto para reunirse con la familia y los amigos. Amplia, fresca, tranquila y sobretodo aislada y rodeada de terreno agreste.

Tuvimos años de gran actividad agrícola para consumo familiar, era más bien una afición pero compramos incluso un tractor. Era tierra de secano, fértil y agradecida. Le

hacíamos poco caso y daba su fruto aunque las plagas de caracoles eran nuestro mayor enemigo. Plantamos vides que daban una uva buenísima, doscientos árboles frutales entre almendros, perales, manzanos, melocotoneros y limoneros, algún granado y un par de higueras, de las que obteníamos las mejores brevas. Mi padre era feliz repartiendo la cosecha propia entre las amistades.

No sé si tenían la intención de hacer de aquello un negocio, pero el caso es que también compramos cien gallinas ponedoras. Recuerdo a mi madre recogiendo los huevos con una bolsa de plástico en la cabeza, botas altas de regar, pantalones vaqueros en pleno agosto y los guantes de fregar los platos. Absolutamente ni un trozo de piel al descubierto, sólo el pensamiento de que le pudieran rozar le generaba una gran repulsión. Las pobres aves se volvían locas cuando aparecía, era una auténtica visión marciana y para nosotros, una fiesta, cuando al abrir la cáscara salían dos yemas o incluso tres.

Los veranos duraban tres meses largos, pero no había lugar para el aburrimiento. Con los amigos de los chalets de la calle formábamos una verdadera pandilla. Teníamos ese sentimiento inocente de ser un grupo especial y de poder acometer la empresa que nos propusiéramos. Nuestra imaginación no tenía barreras y el campo tampoco nos las ponía. Las bicicletas eran una extensión misma de nuestro cuerpo.

Los cipreses, las sendas de tierra y las torres medievales formaban parte de nuestro imaginario infantil. Aún hoy, me parece estar escuchando a mi padre repitiendo el mismo cuento cada vez que pasábamos por delante de una de ellas; que si se habían construido en el siglo XVI, que si eran torres de defensa para proteger la huerta de los piratas... y mira que pasábamos veces. Nosotros estábamos acostumbrados a verlas y lo normal era que estuvieran ahí.

Solíamos colarnos en el interior de las casonas abandonadas de los alrededores. Eran verdaderas mansiones, semiderruidas, con el techo de vigas de madera en parte desplomado. Sabíamos que no estaba bien pero nos podía la curiosidad. Entre los escombros encontrábamos aún muebles, libros y en una ocasión, incluso un fajo de cartas medio quemadas que dieron rienda suelta a nuestra imaginación.

Las imponentes balsas de regadío formaban también parte del paisaje. Fortalezas de piedra, vacías y mudas. Saltábamos dentro, nos sentábamos en su sombra fresca y cazábamos lagartijas entre las grietas. Vestigios de la desaparecida huerta de Alicante.

En la torreta de la Paca comprábamos el pan. Ya de mayor he sabido que se llama la Torre de la Media Libra, pero entonces era la de la Paca, sin más. Llegábamos en bici y una jauría de perros ladrones salía a nuestro paso. La taberna olía a vino y los lugareños no levantaban la cabeza de su partida de dominó.

En la torre del Ciprés vivía Antonio con Carmen, su mujer. Conocido como el legionario, era un hombre aficionado a la bebida. Entre el torreón y la capilla de piedra, unas cuantas chapas y telas conformaban su hogar. Cuenta mi madre que un día estaba en la cocina después de comer y le pareció escuchar a mi padre cantando “el cara al sol”. Nuestro vecino había irrumpido borracho en el salón y le amenazaba con un sable para que entonara el himno de la falange española. Con más miedo que vergüenza, pero tocado con el don de una buena voz, mi padre dio el Do de pecho y afortunadamente la cosa no fue a mayores.

Cronológicamente no sé cómo se sucedieron los hechos; hubo un incendio, la Torre del Ciprés quedó deshabitada y expoliaron el arco de piedra de la entrada. Por nuestra parte nos faltó tiempo para expugnarla. Lo hicimos cómo pudimos porque la escalera de caracol no era continua y pensándolo bien debió de ser peligroso. Entonces no éramos conscientes del riesgo, ni derrumbamientos ni caídas tenían cabida en nuestros

pensamientos. Recuerdo el interior oscuro y húmedo, medio en ruina ya y la sensación de triunfo al coronarla. No hay nada como disfrutar de la visión de un mismo lugar desde una perspectiva diferente.

Muchas de las torres medievales que existían por la zona estaban habitadas. Se las podía distinguir imponentes aunque integradas con naturalidad en casas señoriales construidas con posterioridad. Algunas de ellas, como la Torre de las Rejas o Torre Bosch, contaban también con fincas maravillosas, verdaderos oasis de frondosa vegetación.

Otro ejemplo de casa-torre ocupada era la de Don García, un arquitecto que construyó el hogar familiar alrededor del torreón y dicen, tuvo la sutileza de abrir un hueco en la trayectoria precisa para ver la salida del sol desde su cama. Con la llegada de la civilización quedó cercada por un centro comercial y funciona como restaurante.

O la de los Roca de Togores, que hace poco he sabido es la Torre Sarrió. Más de una vez tuve la oportunidad de visitarla. Estaba amueblada con mucho gusto y llena de objetos antiguos rescatados de derribos. Nos lo pasábamos en grande subiendo y bajando por las escaleras de la torre y asomándonos por las pequeñas ventanas. A día de hoy, el chalet, ha quedado tapiado y solitario en medio de una rotonda.

Pero no todo eran las torres. Un verano estuvimos muy entretenidos construyendo una cabaña en un majestuoso olivo. Trabajamos mucho con maderas y clavos y el resultado fue bueno. El siguiente mes de julio, el bosque de olivos se había talado por completo y con él nuestra cabaña. Crecían matorrales por todos lados y decidimos, azada en mano, que lo mejor sería hacer un camino en diagonal despejado de arbustos. De esta forma ahorraríamos tiempo y evitaríamos los molestos pinchazos en las ruedas de las bicicletas. Trabajamos sin descanso, a cincuenta grados a la sombra y los caballos de Garro, que solían dar paseos por los alrededores, nos ayudaron en la tarea

de allanar el atajo. Hoy en día sigue siendo un campo de matas y me pregunto yo, que prisa tuvieron entonces para acabar de una vez con todos los árboles.

Una de nuestras escapadas favoritas era el bosque de eucaliptus. Parece mentira pero creo que aún se conserva. Recuerdo magníficos árboles con esbeltos troncos. En mi memoria ha quedado impreso el olor intenso, la luz tamizada y la alfombra tupida de hojas que cubría el suelo. En una ocasión hicimos una chabola de planta cuadrada que ya le gustaría al más reputado de los arquitectos. Los troncos eran los pilares, una empalizada de ramas de un metro de altura hacía de pared y cerrando la parte superior, hojas de palmera que se abrían y cerraban con un sofisticado sistema de poleas y cuerdas.

Otras veces llegábamos hasta la urbanización conocida como la de los ricos. Ellos a diferencia de nosotros tenían motos. En el trayecto nos sorprendía encontrarnos con una carretera urbanizada en forma de circuito cerrado y bordes redondeados apenas sin construcciones ni conexiones. Le llamábamos la autopista. Hoy puedo identificarla porque sigue estando el mismo vivero a sus pies, aunque el lugar ha cambiado completamente.

No había nombres de calles, pero sí infinidad de caminos secretos. Conocíamos mil rutas de tierra para llegar hasta la playa de San Juan y el ciento veintisiete color verde de mi madre derrapaba. Nos hacía creer que éramos un grupo de astronautas que viajaba hasta la luna. El entorno era propicio, rodeados de tierra erial y algún que otro hito desperdigado. Tanto nos metíamos en el papel que alguien siempre acababa llorando.

Años después, ese mismo coche fue el que estampé, sin querer y sin poder evitarlo, contra uno de los cipreses de la urbanización que llevaba el mismo nombre, una de las pocas que tenía el pavimento asfaltado. Mi madre pensó que sería un lugar perfecto

para enseñarme a conducir, con sus calles rectas y sin apenas movimiento alguno, ni vehículos, ni gente, ni nada. Pobre. Aún no se cómo sucedió. En un momento debí confundir acelerador con embrague. Como un caballo desbocado empezó a trotar y a trompicones fuimos a dar contra el tronco del ciprés. Todo pasó muy rápido pero no escuché siquiera un reproche de su boca.

En poco tiempo se ha construido mucho y el panorama se ha transformado. Un gran campo de golf rodeado de urbanizaciones cerradas con viviendas adosadas y piscina común. Un gran polideportivo de vivos colores, con campo de fútbol y pistas de pádel. Un colegio internacional, una estación de bomberos y otra de policía, muchos restaurantes y bares de copas... Un gran número de familias viven allí todo el año.

Con los cambios, nuestra aldea de irreductibles galos no se ha resentido mucho, es prácticamente un oasis urbanizado. Nos sentimos privilegiados de haber disfrutado nuestra infancia en este paraje aislado del mundo y el progreso nos ha bendecido con una parada de tranvía que nos lleva directamente a la ciudad.

La Condomina tiene todavía una gran extensión de territorio virgen con una historia que contar. Las torres y nobles casas de la huerta son el hilo conductor. Es la oportunidad para los alicantinos de apostar por su patrimonio. De acercar las torres de la huerta a los ciudadanos ya que forman parte de nuestra historia. De proteger un paisaje singular con sus especies autóctonas. No permitamos que el afán urbanizador se imponga a la memoria del lugar.